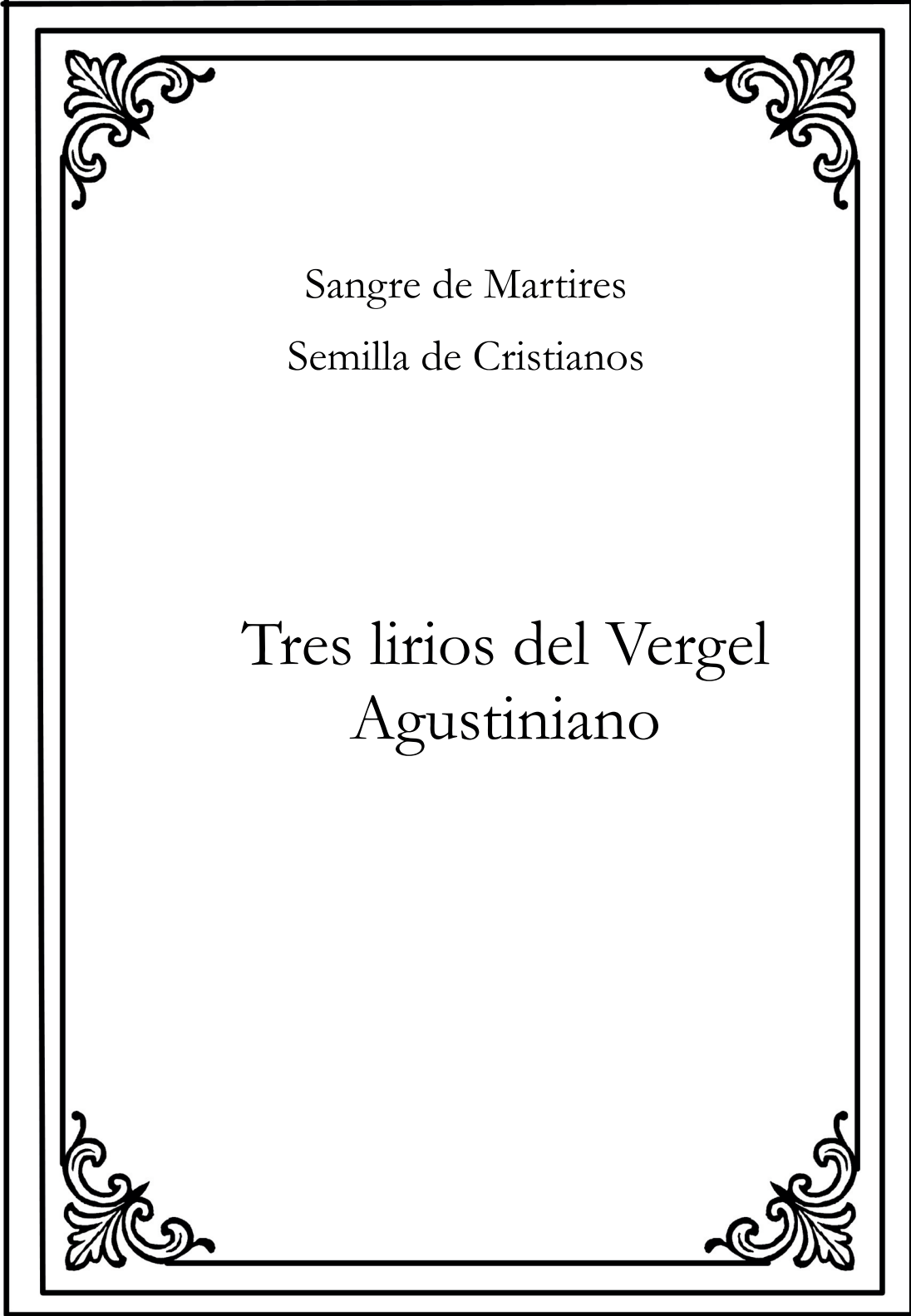




Sangre de Martires
Semilla de Cristianos

Tres lirios del Vergel
Agustiniano



San Máximo, Niño
Mártir Aguslino

PRÓLOGO

A ti, caro lector y amado joven, me dirijo; a ti, que, sin duda, te acarician nobles ilusiones; no para poner delante de tus ojos tupido velo que te prive de la visión de ese risueño horizonte, sino para dilatarlo y revestirlo de nuevo colorido con la realidad desnuda de ilusiones, pero hermosa como el rosicler de la aurora, e iluminarlo con la luz clarísima de la verdad. Una cosa es necesaria, nos dice la Sagrada Escritura: salvar el alma; lo demás es accesorio.

Las riquezas, los honores, la ilustración, las expansiones honestas de los sentidos, buenas son si se dirigen a este fin; pero no son el todo, no son la corona. Salvar el alma: esta es la realidad consoladora y risueña, sin mezcla de ilusiones.

¿Cómo se consigue la salvación, el coronarse de esta gloria imperecedera? Imitando a Jesucristo.

Solamente serán predestinados los que fueren hallados conformes con el divino Ejemplar. Pero el mismo Jesús, para que nadie desmaye ante la magnitud y esplendor de sus virtudes, y quitar todo motivo de excusa, nos propone ejemplares más sencillos y, al parecer, más en conformidad con nuestra naturaleza,

como son los niños, y se queda satisfecho y nos da el mismo premio si a ellos imitamos. «Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». De modo que quien graba la imagen del niño en su propia alma se asemeja a Jesucristo y encontrará su nombre escrito en el libro de la vida. Y es que el cielo, nuestra patria y corona, es la tierra de los que viven vida inmaculada, casta, angelical; es decir, la patria de los niños, y por eso dice el Salvador que debemos imitarlos para entrar en ella.

El gran Padre y doctor de la Iglesia, San Crisóstomo, lo dejó escrito maravillosamente: «Si queremos heredar el reino de los cielos, procuremos imitar las virtudes que resplandecen en los niños. La verdadera sabiduría consiste en hermanar la prudencia y la sencillez del niño. Esta es, en verdad, vida angelical, porque el alma del niño carece de toda enfermedad pecaminosa».

Si tu vida, amado joven, no se conforma con la del niño propuesto por Jesús, estudia e imita la vida de estos gloriosos jóvenes agustinos que se santificaron con tus mismas pasiones y superando los mismos obstáculos que tú encuentras en la vereda de la santidad, casi siempre sembrada de espinas como la subida

del Calvario, única que conduce a la eternidad feliz.

Los jóvenes que propongo a tu imitación son tres candorosos lirios del vergel agustiniano, escogidos entre las mil flores de toda santidad que en todo tiempo han florecido: el invicto mártir San Máximo, niño de 11 años; el enamorado del Santo Sacrificio Eucarístico, Beato Juan de Rieti; y la fragantísima azucena de Avigliana, angelical joven, Beato Querubín.

Imita, carísimo lector, a estos santos lirios revistiéndote de su candor, para que exhales su mismo aroma de pureza y santidad, que ya sabes que el divino Jesús se recrea entre azucenas.

El editor,

DANIEL TORRENT

Casanova, 33.

Barcellona.

SAN MÁXIMO, MÁRTIR

Nació el angelical jovencito S. Máximo hacia el año 473. Se ignora el lugar de su cuna y es probable que su hogar fuese noble y muy católico. Puedes juzgar fundadamente que sus padres vivirían en Capsa, hoy Gafsa, en cuyos arrabales estaba situado el monasterio en donde ingresó, o quizá en las próximas ciudades de Hipona y Cartago.

Siguiendo la costumbre, vigente por entonces entre la nobleza cristiana, de confiar la educación de sus hijos a los religiosos, que vivían consagrados al estudio y oración en los monasterios, verdaderos monumentos de cultura y civilización, pusieronlo bajo el magisterio del santo abad Liberato cuando aún no contaba más que diez años.

El niño S. Máximo, desde que se vio entre los hijos de S. Agustín, se aplicó al estudio de la santidad y de la ciencia, saliendo aventajadísimo discípulo de aquellos maestros, consumados en la ciencia de los santos y en los estudios de los sabios y filósofos antiguos.

La obediencia, la sencillez, la devoción, la pureza y el amor a la Orden Agustina y a sus

hijos, en quienes había depositado su confianza verdaderamente filial, le merecieron ser admitido, como se cree, en calidad de novicio, con agrado y regocijo de todos. Era Máximo el más joven, pero no se quedaba a la zaga cuando se trataba de correr en el gran estadio de la santidad. Perfumaba el monasterio, como lirio candoroso, y era el espejo donde podían mirarse los más perfectos.

Tan insigne maestro como S. Liberato templó su alma en la más sólida piedad, preparándolo para el martirio que él lo vería muy próximo, infundiendo en su pecho una fe robusta y valiente y enseñándole, por medio de una catequesis acomodada, a ser apologista del cristianismo y soldado invencible en la defensa de la Iglesia.

Pronto tuvo ocasión de ejercitar las lecciones de su maestro. Hunerico, arriano, rey de los vándalos, declaró encarnizada persecución contra los católicos, promulgando edictos en virtud de los cuales mandaba demoler todos los monasterios que se hubiesen levantado en sus dominios y perseguir cruelmente a los religiosos hasta inmolarlos víctimas de su odio anticristiano.

Era a mediados del año 484 cuando se presentó en el monasterio de Capsa un pelotón

de soldados vándalos, conminando a sus moradores, de parte de Hunerico, con gravísimas penas, incluso la muerte, si, abandonando el catolicismo, no se hacían arrianos. En breves palabras hizo S. Liberato profesión de su fe, que era la de sus compañeros, y les manifestó que todos darían gustosamente la vida antes que renegar de Jesucristo. —¿Es ello así? —acabó diciendo el que capitaneaba a los soldados—, ¿que no acatáis los mandatos de Hunerico, abjurando de vuestra fe católica?— —Nunca —contestaron todos—; antes la muerte. Sí, antes la muerte —se oyó entre todos la voz atiplada, serena y angelical de S. Máximo—.

Pues lo habéis querido, id a la muerte —y terminó bruscamente—: vamos de prisa, porque las órdenes del rey apremian. Atados con fuertes cadenas, fueron conducidos a una cárcel lóbrega, mientras los santos mártires cantaban llenos de santa alegría: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Llegó el día por el que tanto habíamos suspirado. Gloria al Señor». Numerosa multitud de fieles de toda edad y condición acudía a la cárcel a robustecer su fe con el ejemplo y las exhortaciones de los santos mártires; por lo que, enterado el rey impío,

ordenó que los atormentasen con nuevos y exquisitos suplicios... Seis eran los santos confesores de Cristo que caminaban entre la muchedumbre, que admiraba tanta valentía: Liberato, abad del monasterio, Bonifacio, Servo, Rústico, Rogato y Séptimo. ¿Qué había sido del niño Máximo? Creyendo el tirano conseguir más con halagos, caricias y promesas, llevólo a otra cárcel, donde se tentó su constancia de mil maneras. Todo en vano. Esta era su respuesta: «Antes morir; nadie me separará de mi padre Liberato». Y, rechazando las caricias, promesas y amenazas, demandaba que le descorrieran los cerrojos para unirse a su padre y demás compañeros, porque, derramando con ellos su sangre, quería participar de su misma corona. Persuadido el bárbaro tirano de la inutilidad de sus esfuerzos, resolvió hacerlo partícipe de los mismos tormentos de sus hermanos, que ya se dirigían al puerto donde habían de ser martirizados.

Al ver la encantadora sonrisa del niño, que extendía sus brazos hacia ellos como para abrazarlos de una vez a todos, invadió un júbilo inmenso sus corazones, apenados por el resultado de la dura prueba a que había sido sometido su tan querido Máximo. Llorando

de gozo los santos mártires, y entonando los siete cánticos al Señor, llegaron al lugar del suplicio.

A duras penas pudieron los santos, atados como estaban con pesadas cadenas, subir a la embarcación. Mandóles el verdugo que se echaran sobre los montones de leña seca que antes habían preparado y, llevados a remolque por otro navío, en que iban los inhumanos atormentadores, los internaron en alta mar, a la vista de todo el pueblo (pues pretendía Hunerico que el castigo sirviese de escarmiento a los cristianos), y comenzaron a ponerle fuego, al que, en virtud de Dios, se le quitó su natural efecto de quemar. Repitieron el bárbaro intento varias veces, mas todo resultó inútil. Un grupo de creyentes, que, admirado y reverente, observaba el curso del martirio, al ver tal maravilla, prorrumpió en gritos entusiastas: «¡Milagro!». Nuevamente irritados y enfurecidos con esto los atormentadores, dieron golpes con los remos a los santos hasta deshacerles el cráneo y morir en tan cruelísimo suplicio.

Habían reservado al niño S. Máximo para que, con una nueva prueba, renegara de su fe y se hiciera arriano. Vana esperanza. Halagos, caricias, promesas y amenazas no pudieron

arrancar de los labios del candoroso niño más que su valiente frase: «Jamás, antes morir. Nadie me separará de mi padre Liberato y de mis hermanos, con los que me he educado y vivido, y con quienes anhelo morir gloriosamente para gozar con ellos de la eterna vida». Y recordando una lección de Historia Sagrada, aprendida de su maestro, prosiguió: «El Señor, que ha querido reunirnos a los siete, que nunca doblegaremos nuestras cervices al falso dogma de Arrio, se dignará ceñir nuestras sienes con la misma corona, al igual que los siete felices Macabeos. Como ellos, también nosotros cantaremos victoria en el nombre del Señor».

Vencidos por la fe intrépida del santo niño, determinaron que siguiera la suerte de sus compañeros. Así lo hicieron. Y su purísimo y santísimo cuerpo fue magullado a golpes de remo, hasta que su alma angelical voló, cual paloma sin mancha, a reunirse con las de sus compañeros, que ya cantaban en la mansión de la gloria el himno del amor eterno.

Los vestidos venerandos de los siete mártires fueron arrojados al mar, pero Dios, milagrosamente, los hizo flotar hasta la playa y, recogidos por un grupo de fervorosos católicos, fueron trasladados y enterrados solemnemente.

en el monasterio de Bigua, contiguo a la iglesia de S. Celerino.

Hay fundada probabilidad de que las reliquias de S. Máximo se encuentren en la villa de Artajona, Navarra, donde se tienen en gran veneración.

S. Máximo es el angelical patrono de los noviciados y colegios preparatorios de toda la Orden Agustiniana. Su fiesta y la de sus compañeros la celebra la Iglesia el 17 de agosto, y la Orden de San Agustín, el 26 del mismo mes.

(Con licencia eclesiástica)



Beato Querubín de Aviliana

Agustino

BEATO QUERUBÍN

El año 1470 murió el Beato Querubín a los 20 años de edad. De niño fue candoroso como un ángel; de novicio fue obediente como un arcángel, y de corista fue, en las ciencias eclesiásticas, un querubín. Renunció a la nobleza de su casa por la regla agustina; fue muy penitente y muy inocente; austero para sí, complaciente para los demás. Al poco tiempo de ordenarse sacerdote, celebró sus bodas celestiales en el cielo. De él está escrito: «Querubín humano, echó un vuelo, en alas del amor, desde Avigliana al paraíso, donde encontró al capullo de los mártires agustinos, San Máximo, niño de diez años sacrificado en África, y al jovencito Beato Juan de Rieti, y también, según piadosamente se cree, al V. Antonio Guarín, extático novicio de once años».

También se refieren a él los siguientes versos publicados en un ejercicio piadoso:

Lirio agustino,
Nítida estrella,
Aurora bella,
¡Oh, Querubín!
De tu pureza
A la memoria

Cantos de gloria
Suenan sin fin.

Joven angélico,
al claustro fuiste
porque lo viste
bañado en luz,
donde florecen
las almas buenas,
como azucenas
junto a la cruz.

*De tu cadáver
lirios brotaron
que derramaron
místico olor,
porque tu vida
fue de inocencia
y continencia,
púdica flor.*

Prende en mi pecho
tu blanco lirio;
que mi delirio
sea el pudor;
y así yo logre,
en Dios seguro,
viviendo puro,
morir de amor.



BTO. JUAN DE RIETI

El Beato Juan de Rieti nació en Castro Porchiano, de familia noble. Muy niño, comenzó a distinguirse por sus virtudes, principalmente por la modestia e inocencia de vida que le ganó el dictado de «Candoroso». Para mejor guardar estas virtudes, ingresó en la Orden de San Agustín, donde, sobresaliendo entre los demás por su humildad, obediencia, pureza virginal, caridad para con Dios y amor al prójimo, emitió los santos votos con alegría de su corazón. Enviado a Rieti, crecieron de día en día los deseos de santidad. Tenía sus delicias en servir a los enfermos y lavar los pies a los peregrinos. Pasaba las noches en la contemplación de las cosas celestiales y meditando la pasión de Jesucristo. Lloraba al pasear por el huerto y, al ser preguntado por la causa de sus lágrimas, contestaba: —¿Cómo no llorar, si veo que en la tierra las plantas germinan y dan fruto a su tiempo, obedeciendo al precepto del Señor, y el hombre dotado de inteligencia y estimulado con premios resiste a la ley divina?— Encendido en el amor de la Madre de Dios, todo su afán era imitar sus virtudes. Cuéntase que esta celestial Señora se le apareció, radiante de hermosura,

mientras ayudaba a la celebración del Santo Sacrificio, en lo que sentía grandísima devoción, y le anunció el día de su cercana muerte. Fortalecido con los santos Sacramentos, entregó a Dios su alma el primero de agosto, siendo aún muy joven y sin estar ordenado sacerdote, pero lleno de méritos. Fue beatificado por S. S. Gregorio XVI. En los claustros se le venera y ama mucho como uno de los patronos de la juventud agustiniana.

(Con licencia eclesiástica)

